La calle para el martes 24 de mayo de 2011
Diario de un espectador
Torres Bodet y la música
Miguel ángel granados chapa

Jaime Torres Bodet, el escritor y humanista que fue dos veces secretario de Educación (con veinte años de distancia entre otra), y una más de Relaciones Exteriores, amén de director general —el primero— de la UNESCO, y embajador en Francia, puso por voluntad propia fin a sus días el 14 de mayo de 1974. Con gallardía consciente resolvió que la enfermedad que lo disminuía no iba a aniquilarlo y él mismo resolvió cuándo morir. Desde que la noticia trascendió —pues por el escrúpulo social que rodea a los suicidios suele mantenerse en secreto— creció nuestra admiración por un hombre que parecía regido por convencionalismos sociales y se libró de ellos de la manera más digna. Cuando hace diez días se cumplió un aniversario más de esa decisión, resolvimos compartir algunas líneas de su prosa con nuestros lectores. Lo hacemos ahora, con demora pero también con satisfacción. Seleccionamos un pasaje sobre su iniciación al gusto por la música, tomado del primer volumen de su autobiografía, titulado *Tiempo de arena*:

“Desde mi niñez, la música me sedujo tan misteriosamente como las letras. Ciertos preludios de Chopin y determinados trozos de Mozart o Beethoven se hallan asociados no sólo a la evolución de mi pensamiento sino a algo mucho más hondo: la historia de mis sentidos. A veces, de chico, me despertaba el llamado de una sonata. Era mi tía Elisa quien la tocaba. Temía romper mi sueño. Por eso se empeñaba en modular todas las frases con rápida ligereza. En sordina, aterciopelando sus pasos, llegaban hasta mi cuarto inapresables ángeles mensajeros. En ocasiones, la melodía se desposaba con una presencia sutil de la realidad; el perfume de alguna rosa en el florero del escritorio, el temblor de la veladora o, a falta de un relieve más definido, la sustancia misma de la penumbra, en que mis ojos inventaban —o descubrían— los fantasmas últimos de las cosas.

Nada augura tanto como la música. Su propia esencia es anuncio, esperanza y ofrecimiento. Con los años, había de ir advirtiendo que pocos trozos cumplen lo que prometen. Pero la credulidad infantil es tan absoluta que no había, en aquella edad, trino de scherzo que no se izase —como bandera— sobre las ruinas de mi sueño despedazado.

A partir de la adolescencia, mi predilección musical se hizo más remisa. La exterioridad de la escuela tenía que resultar poco favorable a esa conversación con un interlocutor raras veces vivo, jamás presente, siempre real. A las audiciones domésticas me vi obligado a sustituir los conciertos públicos. Más tarde, en el Anfiteatro de la Preparatoria, el maestro Carrillo empezó a dirigir una esforzada orquesta que nos brindó muchas buenas versiones de Beethoven, de Schubert y de Tchaikowsky. Desde mi infancia

me disponía en vano a recuperar aquella alma dúctil que en la intimidad de mi casa, los grandes compositores habían modelado insensiblemente. Por momentos, entre dos sinfonías se deslizaba una pieza breve, de las que admiré en los intervalos súbitos de mis noches. ¿Qué hacía esa amiga, tímida y diminuta, junto a los otros números del programa? La enjuyaba una sabia instrumentación, con zafiros y perlas tan teatrales que, de improviso, me intimidaban. Era ella, seguramente. Pero, ¿qué corregida por la fortuna! Acostumbraba a gustarla en sus desnudos, conmovida, diáfana y sin arpegios, me inquietaba encontrarla ahí, entre flautas, címbalos y tambores”.